

Diario de un reporter

Este año las fiestas del Santísimo Cristo de la Paz, que anualmente se celebran en el vecino pueblo de San Juan, han resultado extraordinariamente concurridas.

San Juan es un pueblecillo sumamente simpático, alegre y pintoresco, en el corazón de nuestra decantada Huerta, víctima infeliz de la sequía reinante y desesperanzado y anhelante de pronta regeneración, por medio del canal que se construye para la tráfida de aguas de los pozos del Zaricejo.

En San Juan no piden nada más; agua; agua bastante para el riego de sus fertilísimas tierras, de sus espléndidos jardines, de sus nominales tahullas de regadío.

El Cristo de la Paz, magnífica imagen, de leyenda milagrosa, donde converge toda la devoción de un pueblo y su comarca, es, como hecha por mano de ángeles, una escultura admirable de grandísimo mérito artístico.

La tradición, como he dicho antes, atribuye origen sobrenatural á la escultura

*Dos ángeles soberanos,
á modo de peregrinos,
la labraron con sus manos.*

Sobre un carro de triunfo, el Santísimo Cristo de la Paz recorre la interminable calle del pueblo, entre largas filas de devotos, buena parte de los cuales van de Alicante expresamente con el deseo de acompañar á la Divina Imágen, cuya fama ha traspasado los lindes de la antigua Universidad de San Juan y se extiende por toda la huerta y la ciudad de Alicante.

Este año la procesión ha sido lucidísima; presidieronla, con el Alcaide señor Sala, los generales Pobit y Villa y en el acompañamiento figuraron personas conocidísimas de esta capital, cerrando el cortejo la brillante banda del Regimiento Infantería de la Princesa.

Una enorme multitud llenó la calle, la plaza, los alrededores de la Iglesia, convirtiendo la fiesta en animada romería. Estaba allí todo Alicante, como dicen los rivisteros de los periódicos. Y no hubo el más ligero incidente desagradable que lamentar.

Yo recé fervorosamente al Santísimo Cristo por la petición de todo el pueblo; el agua. Dolióme el corazón de ver aquellos campos, otras veces tan hermosos,

agostados y secos, polvorientos y entristecidos. Dolióme ver los jardines sin una flor, sin la espléndida alfombra de colores que otros días tendía sobre aquellos la naturaleza.

¡Pobre Huerta de Alicante! Confiamos en que pronto renacerá su viejo esplendor y volverá la alegría al rostro de sus resignados y humildes labradores.